

que sea este primer rasgo de Borja elevado á la Silla apostólica, apenas es capaz de fijar la atención en la pintura de un Sumo Pontífice que reconocía públicamente una hija y cuatro hijos nacidos de adulterio y de un concubinato habitual. Vivía con Lucrecia Vanosia, madre de ellos, como si fuese mujer propia, no obstante que estaba casada con Domingo Arimano, uno de los grandes de Roma. Colocó á todos estos hijos odiosos á espensas de la Santa Sede y los enriqueció, faltando á la buena fé, á la justicia, á todas las leyes divinas y humanas, y prodigando la sangre de los grandes y de sus propios cardenales. El que mas delitos le obligó á cometer fué César, su hijo segundo, el mas ambicioso, cruel y abominable de cuantos hombres han existido. (1)

Obtuvo César al principio la dignidad de cardenal; dejó luego el estado eclesiástico, y fué duque del Valentinesado. Luis, que era el primogénito, fué duque de Gándia, murió sin hijos, y tuvo por sucesor en este ducado á su hermano Juan, abuelo de San Francisco de Borja. De este modo dispuso Dios que de un tronco infecto saliese la mas pura virtud. Alejandro VI no era de la familia de los Borjas, sino por parte de su madre Isabel, hermana de Calisto III, cuyo nombre y armas tomó por concesion del Papa su tío. Tuvo por padre á Godofredo de Lenzoli, oriundo de una familia noble y antigua del reino de Valencia. Todos los historiadores conceden al Papa Alejandro VI un talento singular y un valor poco común (2): cualidades que podían formar de él un gran Papa; pero que fueron armas funestas en manos de un furioso. Diez y nueve que la noticia de su elección hizo derramar lágrimas á Fernando, rey de Nápoles; príncipe

(1) Onuphr. vit. Alex. VI.

(2) Petr. Mart. ep. 118.

que tenía mucha experiencia, y por lo mismo previó todas las calamidades que amenazaban á Italia (1). Como historiador me he visto precisado á pintar á este Papa con sus colores naturales; si son algo fuertes, es por no volver á hablar sino las menos veces que me sea posible de un asunto que necesariamente ha de afligir á los verdaderos fieles (a).

Alejandro VI, como todos los malos que rinden á la virtud algun homenaje forzoso, dió principio á su reinado, haciendo concebir unas esperanzas bastante lisonjeras. Se valió de su capacidad y de su firmeza de ánimo para asegurar la tranquilidad pública y contener las muertes violentas y los robos. Mostró tambien no poca afabilidad, moderacion y equidad, y publicó unos decretos muy acertados, así para la administracion de justicia, como por el alivio de los pueblos. Pero no duró mucho esta ilusion, pues á la quietud de Italia, que poco antes se miraba como imperturbable, sucedieron rápidamente las turbulencias, los trastornos y todos los desórdenes. Sin embargo, Luis Sforzia, tutor, ó por mejor decir, opresor de su sobrino Juan Galeazzo, duque de Milán, fué quien encendió el fuego de la discordia; pero halló en el Papa cuanta facilidad podia apetecer para estenderla y fomentarla.

Poco satisfecho Luis con tener eternamente en tutela á su sobrino, sin embargo de que ya estaba casado y tenía dos hijos, pensaba en quitarle el título y la autoridad de duque (2). La jóven duquesa, nieta del

(1) Guich. Hist. l. 1, c. 2.

(a) Aunque son grandes los vicios y excesos que se imputan á este Papa, especialmente por los protestantes y aun algunos historiadores católicos, no puede desconocerse que muchos son exagerados, y algunos, como dice el mismo Natal Alejandro que nada malo le disimula, son de todo punto fabulosos. Pueden verse acerca de esto las notas al cap. 2, lib. 26 de la Historia de Mariana, y Escolano Historia de Valencia, lib. 6, capítulo 23. (N. del E.)

(2) Guich. l. 1, c. 2; Comin. t. 5, p. 400.

rey de Nápoles, imploró con las mayores instancias el auxilio de su abuelo. Al principio representó Fernando á Luis con los términos mas comedidos, que teniendo ya el duque la edad señalada por las leyes, y además de esto, dos hijos que aseguraban la sucesion, no podia haber ningun obstáculo para confiarle el gobierno del ducado. Lo prometió Luis, y solo pidió tiempo para convocar los Estados del Milanesado, á fin de dar cuenta de su tutela; pero aprovechándose de esta dilacion, tomó dinero á crédito, levantó tropas, puso las plazas en estado de defensa é hizo todos los preparativos necesarios para consumir su usurpacion. Hallándose el napolitano sin fuerzas para castigar una mala fé tan manifiesta, recurrió á otras potencias dirigiéndose desde luego al Papa. Aunque no habia pasado todavia un año desde la elevacion de Alejandro VI á la Santa Sede, era ya demasiado conocido el grande interés que tomaba en el establecimiento de sus hijos: y habiéndole prometido el rey de Nápoles que les daría los primeros feudos que vacasen en su reino, concedió el Papa todo lo que se le pedia.

Recurrió tambien Fernando á Pedro de Médicis, que acababa de heredar el poder y autoridad que habia adquirido entre los florentinos su padre Lorenzo. Digno hijo del gran Pedro de Médicis, primero de este nombre, y de Lucrecia Tornabuoni, la cual estaba dotada de unas cualidades no menos eminentes; despues de haberse libertado Lorenzo del golpe fatal en que pereció su hermano Julian, habia triunfado de todos los enemigos de su casa por el afecto que le profesaba el pueblo de Florencia, y habia sido declarado jefe de la república (1). Acabó de hacerse dueño de los corazones con su generosidad, con la no-

(1) Ang. Pol. ep. 1, 5; Machiav. hist. Flor.; Guichard. Paül. Jov. Elog. l. 3, c. penult.

bleza de sus sentimientos y de sus modales, con el lustre que constantemente procuró dar al Estado, con su celo por los progresos de las artes y de las letras, y por el asilo y proteccion que concedió á los ilustres personajes que habian experimentado los rigores de la adversa fortuna, y á los sábios de su siglo, mereciendo ser mirado generalmente como protector de todos ellos. Se concilió el aprecio y la confianza de todos los príncipes de Europa, los cuales le eligieron no pocas veces por árbitro de sus desavenencias. Para darle el sultan Bayaceto una prueba de su amistad, le entregó uno de los asesinos de su hermano Julian, que se habia refugiado en Constantinopla. Habiendo recibido el soldan de Egipto desde lo mas remoto de la Etiopía, donde está el nacimiento del Nilo, un camaleopardo, animal tan extraordinario que no se habia visto otro desde el tiempo de los antiguos romanos, se le regaló en testimonio de lo mucho que le estimaba. Lorenzo habia sido siempre benéfico, buen amigo, liberal y magnífico, pero voluptuoso, y aun llegó á sospecharse si tenía poca religion. La proximidad de la muerte y la asistencia del célebre dominico Gerónimo de Savonarola, despertaron en él tan perfectamente los principios de la fé, que murió con grande edificacion, llorando hasta el último aliento los extravíos de su juventud. No tenía mas de cuarenta y cuatro años, y además de Pedro, el cual le sucedió, dejó otro hijo llamado Juan, que despues fué Papa con el nombre de Leon X.

Pedro de Médicis habia heredado el poder, mas no el talento y capacidad de su padre. Al principio desechó unas proposiciones que se dirigian á hacer contrajese una alianza contra Luis, con el cual acababa de unirse contra los venecianos; pero no desmayó por esto el rey de Nápoles. Estaba casado Pedro de Médicis con una hija de



Virginio de Ursinis, y este, además de deber muchos favores al rey Fernando, tenía un imperio prodigioso sobre su yerno. Logró Virginio persuadirle que los pactos concertados con Luis no debían detenerle en las circunstancias presentes, que los que se le proponían eran infinitamente más ventajosos, y sobre todo que no llegarían á traslucirse jamás, ó por lo menos hasta que las tropas de Nápoles estuviesen reunidas con las de Florencia. Sin embargo, Luis, que era sumamente desconfiado y astuto y uno de los hombres más taimados de su tiempo, tuvo arte para descubrir muy pronto este misterio.

Mientras todos los príncipes cristianos, y en especial los de Italia, iban ó enviaban á felicitar, según costumbre, al Papa Alejandro por su exaltación al Pontificado, mientras que Pedro de Médicis no pensaba en otra cosa que en ostentar su fausto y riquezas, y su orador Scipion de Arezzo trataba solamente de arrebatar la palma de la elocuencia á su competidor Sannazar, el intrigante Luis convertía sus sospechas en certidumbre, y urdía la trama con que había de enredar al Papa en tales términos que se declarase á su favor. Virginio de Ursinis acababa de comprar, sin noticia del Sumo Pontífice, un territorio considerable con título de principado, dependiente de la Santa Sede; y para su pago había suministrado el rey de Nápoles la suma de cuarenta mil escudos de oro, que no equivalía á la renta ó producto que dejaban en dos años aquellas ricas posesiones. No se ocultó á Luis la utilidad que podía sacar de este incidente, tratando con un Papa que no perdía ocasión de enriquecer á su familia; pero cuando fué introducido en la audiencia se contentó, como hombre sagaz, con presentar el cebo, haciendo los cumplimientos de estilo, y hasta le vistió con unos colores propios para que se mirase como efecto de

celo la codicia del Pontífice. Le espuso que la conducta de Virginio era esencialmente ofensiva de los derechos de la Santa Sede; que el rey de Nápoles, que había suministrado á Virginio los cuarenta mil escudos, era mucho más culpable que el mismo Virginio; que en todas ocasiones manifestaba aquel rey su odio á la casa de Borja, y que si se toleraba semejante injuria, el Papa, su familia y toda la Iglesia romana estaban amenazados de los mayores peligros. El cardenal Ascanio, hermano de Luis y muy querido del Pontífice, apoyó fuertemente este discurso, y concluyó proponiendo una nueva liga contra la de Fernando y los florentinos; en una palabra, de tal manera se hicieron dueños de la voluntad del Papa, que la liga quedó resuelta al momento.

Entretanto el rey de Nápoles no cesaba de solicitar la amistad del Papa, y para conseguirla hizo que le entregase Virginio de Ursinis el principado que éste había adquirido con dinero del rey. Con esto perdió Fernando los cuarenta mil escudos de oro, y además dió á Virginio posesiones del mismo valor y título en la provincia de la Pulla. Pero se estendían á mucho más las interesadas miras de Alejandro VI por su familia, pues aspiraba á que el mayor de sus sobrinos se casase con una de las hijas del rey. Este es el hilo que debe seguirse para explicar la conducta del Papa con respecto á los franceses, á quienes comprometió en la guerra de Nápoles, valiéndose luego de todo su poder para impedir la y evitar las consecuencias que podían resultar de ella. Lejos de querer favorecer á esta nación, de la cual se mostró siempre enemigo, es probable que solo pretendía alarmar al napolitano para facilitar así el logro de su intento.

Como quiera que sea, volvió á coligarse con Luis Sforzia, y ambos á dos de común acuerdo enviaron embajadores á Francia

para sondear las disposiciones de aquella corte y escitar al rey Carlos VIII á emprender la conquista de Nápoles. Brizonnet y Vese eran entonces los grandes favoritos del joven rey: Vese, hombre despreciable, había ascendido desde los más viles oficios de la guardarropa del Delfín hasta las dignidades de sumiller de corps y senescal de Beaucaire; y Brizonnet, desde presidente de la cámara ó tribunal de cuentas á ministro de Hacienda, aunque revestido del carácter eclesiástico. Para obligarlos á entrar en la trama italiana, se prometió á éste un capelo y á aquel un principado en el reino de Nápoles. A pesar de la resistencia del Consejo, el cual no pudo menos de desaprobár una expedición tan arriesgada, les fué muy fácil conseguir que se decidiese á favor de ella el joven rey Carlos, ya porque le estimulaba el deseo de gloria, y ya también porque se creía con tanto mejor derecho que Fernando á los Estados de Nápoles, cedidos á su padre por la casa de Anjou, cuanto que se decía que Fernando ni siquiera era hijo bastardo de la casa de Aragón, sino un hijo supuesto por la manceba del rey Alfonso, á quien ella había sabido persuadir que él era su padre.

Antes de entrar el rey en campaña envió negociadores á Italia para tomar conocimiento de sus varias potencias, para facilitar el paso de las tropas y para asegurar los víveres, municiones y demás objetos indispensables en una guerra cuyo teatro estaba tan distante. Se había anticipado el rey de Nápoles por lo que hace al Papa, concediéndole, en fin, para uno de sus hijos llamado Godofredo Borja, una hija natural del duque de Calabria, con el principado de Squilace en dote, una pensión de diez mil ducados, y el pago del gasto que hiciese una compañía de cien soldados. Alejandro, siempre pronto á recibir, aceptó la princesa y el principado, pero sin querer entrar

abiertamente en ninguna liga: por cuyo medio se libertaba de todo contratiempo, lograba la ventaja de acomodarse al curso de los sucesos, y estaba en disposición de aprovecharse de todas las ocasiones que se presentasen para enriquecer á su familia. Gobernándose por estos principios, dió al embajador francés unas respuestas vagas y equívocas. Aparentó imparcialidad, y después de haber sido el principal instrumento para que el rey se resolviese á declarar la guerra, dijo que quería observar una neutralidad exacta. El embajador le ofreció beneficios en Francia para el hijo á quien pensaba hacer cardenal, y diferentes posesiones para los otros. Pero no se esplicó más el Pontífice; y decidido únicamente á entregarse al que más ofreciese, iba ganando tiempo para oír y examinar las varias ofertas.

Viendo el rey de Nápoles que no podía contar con esta protección, y habiendo agotado inútilmente los demás recursos de su política para alejar la tempestad que le amenazaba, experimentó de improviso tan gran conmoción de terror, que le sobrevino una apoplejía, y murió á 25 de enero de 1494. Aunque este príncipe no dejaba de tener prudencia y sagacidad, en los treinta y seis años que duró su reinado, parecía haberse propuesto gobernar siempre como tirano más bien que como rey; y así se dice que desde la muerte de Nerón no hubo otra menos sentida que la suya. Su hijo primogénito Alfonso, duque de Calabria, era por lo menos tan aborrecido como él de sus vasallos, y sin embargo le dejaron tomar posesión del reino, esperando que fuesen á darles libertad los franceses, cuyo auxilio habían implorado secretamente. Consiguió la investidura del Papa, mediante la cesión de dos principados, cada uno de treinta mil escudos de renta, y la manutención de dos compañías de soldados, de



cien hombres cada una, para los hijos del Pontífice, Juan y Godofredo, y pingües beneficios para César, que era todavía cardenal. Se desentendió el Papa de las pretensiones contrarias de Carlos VIII, y con una conducta que sería inesplicable en cualquiera otro hombre que no fuese Alejandro VI, al mismo tiempo que enviaba á su sobrino Juan Borja á coronar á Alfonso, levantaba tropas para hacer guerra á este príncipe, de acuerdo con Luis, y daba el mando de ellas á Próspero Colonna, adicto al partido de Francia. Sin embargo, no bastó el favor pontificio para sostener al nuevo rey contra el odio general de los napolitanos; y viéndolos este príncipe mucho más dispuestos á abandonarle, y tal vez á entregarle al enemigo que á tomar su defensa, se consternó de tal manera, á pesar del valor que había mostrado en mil ocasiones, y especialmente en la conquista de Otranto, que renunció la corona á favor del príncipe Fernando su hijo (1).

En el año precedente (1493) había muerto el emperador Federico III, á 19 de agosto, siendo de edad de setenta y ocho años, y contando cincuenta y cinco de reinado, que fué uno de los más largos y despreciables que se han conocido. Deshonró el trono imperial con su indolencia, cobardía y avaricia; y no obstante esto, echó los cimientos de la grandeza de su casa, efectuando el matrimonio de su hijo Maximiliano con la heredera de Borgoña. Maximiliano, primero de este nombre, fué reconocido por emperador poco después de la muerte de su padre, y se vió en él la mezcla más extraña de vicios y defectos con las virtudes enteramente opuestas. Uno de los primeros actos de su autoridad fué dar la investidura del ducado de Milan á Luis Sforzia, el

(1) Guich. l. 1.

cual, por medio de un veneno lento, quitó poco después este título, juntamente con la vida, al duque su sobrino y pupilo. El nuevo emperador manifestó no obstante mucho celo en contener los progresos de los turcos, los que poco antes de la muerte de su padre Federico habían conseguido en Croacia una victoria brillante contra los cristianos por la imprudencia de Bernardino Frangipane, oriundo de una rama de esta ilustre casa romana, establecida desde muy antiguo en aquella frontera de los bárbaros. Sin hacer caso Maximiliano de los muchos negocios que llamaban su atención, acudió con su ejército para escarmentar á los infieles, y se retiraron estos con tanta precipitación que bien puede calificarse de huida.

Los vasallos de Ladislao, rey de Bohemia y de Hungría, eran los que más habían padecido con motivo de la victoria de los turcos; y los partidos que agitaban á aquellos dos reinos, inspiraban fundados temores de que habían de experimentar mayores desgracias. A fin de restablecer la concordia entre los grandes de Hungría, envió el Papa al obispo de Trani, revestido con el carácter de legado, y encargado de reducir al gremio de la Iglesia á los bohemios, que estaban todavía imbuidos en los errores de los husitas. Habíase recobrado y acrecentado esta secta moribunda, merced á la larga ausencia del rey Ladislao, el cual, no hallando ninguna seguridad para su persona dentro de Bohemia, había fijado su residencia en Hungría de un modo casi irrevocable. Ningun soberano estuvo jamás tan espuesto como él á los peligros del hierro y del veneno, á las maquinaciones, á los insultos y á todo género de violencias. Tales eran los frutos de la que llamaban reforma evangélica; y tan grande es el interés que tienen los príncipes en sofocar en su origen las novedades más preconizadas en materia de reli-

gion! Todo lo que podía ser útil á la secta, ya fuesen ultrajes, calumnias, traiciones, rebeliones y parricidios, era virtud para los sectarios. Sin embargo, la legación del obispo de Trani tuvo al parecer un éxito tan feliz, que el Papa Alejandro creyó que debía dar gracias al cielo por las disposiciones de los bohemios husitas con respecto á la Iglesia, como se echa de ver en los breves que escribió con este motivo. Lo cierto es que solicitaron reconciliarse con el Sumo Pontífice, con tal que se les cumpliesen las condiciones propuestas en otro tiempo por el emperador Segismundo (1).

Por último, en el mes de setiembre del año 1494 se puso en camino para Italia el rey Carlos VIII con un ejército de veinticinco á treinta mil hombres, pero sin dinero, sin municiones y sin más recurso que su valor y el de sus tropas. Se esponía á un desastre casi inevitable, y sin embargo esperó al principio la más próspera fortuna que pudiera imaginarse. Sus progresos rápidos y sostenidos por espacio de cuatro meses parecían una marcha triunfal. En ninguna parte hallaba resistencia, y por do quiera le presentaban las llaves de las ciudades y fortalezas. Quiso resistirle Sarzana, y esta plaza, que era la más fuerte que tenían los florentinos, fué conquistada en tres días. Desde allí pasó á Luca, donde entró en medio de las aclamaciones del pueblo, que le llamaba señor y libertador de la ciudad. Aun fué mayor la alegría y regocijo público en Pisa, cuya república, subyugada por los florentinos, recibió al monarca francés como á su verdadero redentor. No se atrevió á esperarle en Florencia Pedro de Médici, y se escapó á Venecia; después de lo cual, irritados los florentinos al ver el peligro en que los había precipitado su inconsideración, saquearon su palacio, que

era el más magnífico de Europa, confiscaron sus bienes, y le trataron en todo como á enemigo del Estado. Entró el monarca en la ciudad como conquistador con la lanza en la mano, y seguido de la tropa de á caballo, la más brillante que podía darse; se le presentaron las llaves de la plaza, se le prestó juramento de fidelidad, y se hizo con él un tratado de confederación que se publicó en todas las ciudades de Italia. Los Estados del Papa no hicieron mayor resistencia que la Toscana, á pesar de que había entrado en ellos el duque de Calabria para defenderlos, y de que los Ursinis, que seguían el mismo partido, habían reunido el mayor número de tropas posible y fortificado sus plazas que eran muchísimas. Virginio, jefe de esta casa, adicto al rey de Nápoles y condestable hereditario de este reino, se vió precisado á entregar sus fortalezas y á dar sus hijos en rehenes al vencedor por garantes de su fidelidad.

No podía ya encontrar el rey ningún obstáculo para entrar en Roma, donde contaba de seguro con las dos casas más poderosas, esto es, los Colonnas y los Ursinis, siendo por otra parte generalmente aborrecido y despreciado el Papa Alejandro. De consiguiente se dirigió Carlos á aquella capital; después de haber puesto guarnición en las plazas inmediatas y cortado los viveres que la pudieran suministrar, lo que escitó en Roma tal descontento, que era muy temible una sublevación general. Pero antes de apartarnos más de Asti, ciudad de Lombardia, fijemos la vista por algunos momentos en este campo de triunfo, más digno de nuestro asunto y más glorioso para el joven conquistador (el cual se venció allí á sí mismo) que la toma de las ciudades y la derrota de los ejércitos. Carlos VIII, cuyas costumbres no habían sido hasta entonces las más arregladas, encontró en su cuarto, al entrar en él por la noche, una

(1) Rain. ad an. 1493, n. 6. 8. 3. n. 10. (1)